

## **SAN JOSÉ CAFASSO PROTECTOR PARA EL AÑO 2011**



Queridos hermanos:

Tengo la satisfacción de anunciaros que, de acuerdo con las Misioneras de la Consolata, San José Cafasso ha sido propuesto como protector especial de nuestros dos Institutos para el año 2011.

No dudo de que esta elección será grata a todos. Cafasso, como abemos, ocupa desde el primer momento, por deseo del Padre Fundador, un lugar muy especial en la vida de nuestra familia misionera, hasta el punto de que fue llamado desde el principio “nuestro tío”. Además, el 23 del pasado mes de junio celebramos el 150 aniversario de su santa muerte, un hecho que nos vio involucrados y cuyo recuerdo y gracia deseamos revivir durante mucho tiempo. Por eso nos ha parecido más que justo confiar a su protección el año próximo, durante el cual celebraremos el XII Capítulo General.

En esta carta deseo proponeros algunas reflexiones sobre san José Cafasso, pero partiendo del punto de vista del padre Allamano. Esto quiere decir que es mi deseo hacer un discurso familiar: es nuestro “Padre” quien nos habla de nuestro “Tío”. Sabemos cuán profundamente se sumergió nuestro Fundador en la espiritualidad de Cafasso. Nadie como el Fundador, pues, puede hablarnos con competencia de su santidad ni nadie puede proponérselo mejor que él como protector y como modelo.

### **PROGRESIVO CONOCIMIENTO DE NUESTRO TÍO**

Es más que sabido que Allamano realizó personalmente un gradual descubrimiento de la santidad de su tío. Le había visto una sola vez, en Castelnuovo, cuando solamente tenía siete años. Aquel encuentro tuvo, probablemente sólo más tarde, un significado especial para él, algo así como un presagio, hasta el punto de que, volviendo a su pueblo en 1925 para las fiestas en honor el nuevo beato, quisiera indicar el lugar preciso de la habitación, diciendo: «Aquí fue donde me dio su bendición».

En la deposición en el proceso canónico para la beatificación de Cafasso, Allamano se detuvo en explicar cómo había entrado progresivamente en sintonía espiritual con su tío: «Le admiré desde mis primeros años por haber oído hablar tan bien, en casa y a la gente del pueblo, del Siervo de Dios, como de un sacerdote modelo y caritativo; esta admiración aumentó cuando, encontrándome en el oratorio salesiano para los estudios de enseñanza secundaria, oía a Don Bosco proponerlo

como modelo. Más tarde, ya clérigo, dado mi mayor contacto con los sacerdotes de la diócesis, iba en aumento mi estima del Siervo de Dios. Y más todavía después de ser ordenado sacerdote en 1873, debido a la mayor comunicación con los sacerdotes, especialmente en el convictorio, a donde iba para escuchar conferencias, aprendiendo así a estimarlo aún más»<sup>1</sup>.

Fue tanta la estima que nuestro Fundador había adquirido en relación con su tío, que no se contentó con conocerle y admirarle personalmente. Pensó muy pronto que sería un gran don para la Iglesia, y especialmente para sus hermanos en el sacerdocio, difundir su conocimiento. Por consejo de Don Bosco y de otros sacerdotes de reconocido prestigio, se afanó en recoger numerosos testimonios sobre su tío. Su entusiasmo le llevó incluso a decidirse, él que no tenía madera de escritor, a redactar una biografía de su tío. Lamentablemente, tras llenar 33 folios, desistió del empeño diciendo que la razón principal, además de los numerosos y obvios compromisos pastorales, era «sentirme incapaz de expresar bien la estima y la veneración de quienes le habían conocido»<sup>2</sup>.

Las iniciativas que nuestro Fundador impulsó en favor de Cafasso fueron muchas. Basta recordarlas muy por encima para darnos cuenta de lo importante que consideraba este proyecto. En primer lugar, la exhumación y recomposición del cadáver (1891); luego la edición de las meditaciones e instrucciones de los ejercicios espirituales al clero (1892-1893); las biografías escritas por el canónigo Giacomo Colombero (1895) y a continuación por el teólogo Luigi Nicolis di Robilant (aparecida póstumamente en 1912), y finalmente la traslación de sus restos mortales desde el cementerio hasta el santuario de la Consolata (1896). La iniciativa por excelencia, que le exigió más trabajo del que hubiera imaginado, fue la causa de beatificación, comenzada el 16 de febrero de 1895 en el tribunal eclesiástico de Turín y transferida a Roma en 1899, de donde era oficialmente Patrón y en la práctica verdadero motor de todo movimiento.

Ante tanto dinamismo se nos puede ocurrir esta pregunta: ¿Por qué nuestro Fundador se empeñó con tanta pasión y despliegue de energías en promover el conocimiento de la santidad de su tío? Probablemente él mismo se lo preguntó, pues sintió la necesidad de confiar con sencillez la razón a nuestros primeros hermanos durante una conferencia dominical: «He introducido este proceso, pues así puedo decirlo, no tanto por afecto familiar, sino especialmente por el bien que puede derivarse de la exaltación de este hombre para quienes lean sus virtudes y sean mejores sacerdotes, mejores cristianos, y vosotros grandes misioneros»<sup>3</sup>. El canónigo N. Baravalle dio testimonio de que durante la discusión de la causa le oyó decir: «Yo, como pariente, no debería ocuparme en absoluto de este asunto, ni es ese el espíritu que me mueve; lo hago como rector del convictorio, porque habiéndole sucedido en la enseñanza y en la dirección del clero, es mi deber señalar al clero las virtudes y la santidad de Cafasso»<sup>4</sup>. Y el padre Domenico Ferrero escribió en sus recuerdos esta confidencia oída a nuestro Fundador: «¡Si solamente fuera por razón de ser su pariente, no habría hecho nada de todo esto! Es por dar gloria a Dios. Y me he afanado en ello porque, esa es la verdad, si nadie se decide a hacerlo, estas cosas no van adelante»<sup>5</sup>.

## **ALLAMANO, UN “DON CAFASSO REDIVIVO”**

Antes de proponer a los demás a Cafasso como modelo, debemos reconocer que nuestro Fundador se lo propuso a sí mismo, y de manera eficaz. No es posible, en efecto, comprender debidamente la personalidad espiritual de Allamano sin tener en cuenta esta profunda sintonía suya

---

<sup>1</sup> Deposition en el proceso de Cafasso, Archivo del Santuario de la Consolata.

<sup>2</sup> Deposition en el proceso de Cafasso, Archivo del Santuario de la Consolata.

<sup>3</sup> Conferencias IMC, I, 192.

<sup>4</sup> N. Baravalle, Testimonianza, Archivo IMC.

<sup>5</sup> D. Ferrero, “Ricordi del Ven.mo Padre”, Archivo IMC.

con su tío, hasta el punto de que varias personas que conocieron a los dos le definieron un “Don Cafasso redivivo”. Así, por ejemplo, Don Edoardo Bosia, hablando de la actividad de nuestro Fundador en el convictorio, declaró: «El Siervo de Dios [...] conservó y emuló el espíritu del Beato Cafasso, hasta el punto de que se le llamaba Don Cafasso redivivo»<sup>6</sup>. Nótese que este testimonio no aduce solamente su juicio, sino también en de otros.

Efectivamente, que nuestro Fundador reflejara en sí mismo la figura espiritual de Cafasso fue percibido por muchas personas. El mismo Papa Pío XI, en la “Carta gratulatoria” para las “Bodas de oro sacerdotales” (1923) de nuestro Padre, hizo una afirmación que bien podría considerarse un reconocimiento oficial: «Parece que en ti haya dejado un heredero de su espíritu tu ilustre tío José Cafasso»<sup>7</sup>. También el Beato Luigi Boccoardo, que vivió en íntimo contacto con el Fundador como director espiritual del Convictorio eclesiástico, no dudó en afirmar: «Se podría repetir de él, casi a la letra, lo que se escribió de su beato tío»<sup>8</sup>.

Podríamos continuar refiriendo testimonios parecidos, muy lisonjeros todos para Allamano y, digámoslo, también para nosotros, pero me limito a los dos siguientes, recogidos de las cartas enviadas al padre Allamano con ocasión del 50º de sacerdocio: «Heredero del espíritu de su digno Tío, el Ven. Cafasso, usted ha desplegado su grandioso trabajo en el santo escondimiento de la humildad»<sup>9</sup>. «Todos nos uniremos alrededor de su Venerable Tío y le forzaremos dulcemente para que consiga para usted gracias oportunas. [...] Para usted que nos lo hace recordar en su santa vida sacerdotal»<sup>10</sup>.

No es necesario decir que también nosotros nos unimos muy complacidos a este coro, ya que estamos más que convencidos de que ninguno recorrió más que nuestro Padre el camino de santidad de Cafasso. Él, sin embargo, no pensaba lo mismo; por humildad, naturalmente. El padre Domenico Ferrero ha revelado un detalle que indica justamente la actitud interior de nuestro Fundador ante su tío: «Con ocasión de un acto académico en honor del nuevo beato Cafasso, se aludió entre otras cosas a que el Siervo de Dios era el único heredero de su sangre. Esta frase se le quedó profundamente impresa, pues respondiéndonos una vez concluida la academia, dijo entre otras cosas con acento que denotaba una convicción total: “Ser heredero de su sangre es para mí una humillación”»<sup>11</sup>.

## **CAFASSO, MODELO PRIVILEGIADO POR EL FUNDADOR**

En la carta circular del 14 de julio de 1963, el padre Domenico Fiorina, entonces Superior General, hizo una afirmación de carácter general que creo compartimos todos. Escribía: «La doctrina del Padre está formado en el espíritu de santidad sacerdotal de su santo tío, san José Cafasso, madurada por las gracias y por la correspondencia de su alma sacerdotal»<sup>12</sup>.

A esta afirmación deseo añadir dos precisiones que me parecen iluminadoras para nosotros. El primer lugar, el Fundador no se limitó a asumir y proponer repitiendo tal cual el espíritu de Cafasso, por más que repita ciertas expresiones de su tío casi a la letra, sino que lo personalizó, es decir, se lo apropió. Se deriva de ahí que Allamano realizó un progreso independiente, característico, bien que inspirándose a menudo en su tío, que era para él un modelo de primera magnitud. Además, dio un paso adelante, ya que supo interpretar este espíritu en la óptica de la misión. En cierto sentido

<sup>6</sup> E. Bosia, Deposition en el proceso de Allamano, I, 71, Archivo IMC.

<sup>7</sup> Cartas, IX/2, 163.

<sup>8</sup> S. Solero, “Discurso conmemorativo con ocasión de la traslación de los restos mortales de Allamano”, Archivo IMC

<sup>9</sup> Card. C. Laurenti, carta del 22 de agosto de 1923; cf. Don B. Matta, carta del 18 de septiembre de 1923, Archivo IMC.

<sup>10</sup> Card. G. Bisletti, carta del 26 de julio de 1923, Archivo IMC.

<sup>11</sup> Deposition en el proceso de Allamano, IV, 494, Archivo IMC.

<sup>12</sup> D. Fiorina, Carta circular, en “Boletín Oficial”, N. 27, p. 53.

podemos decir que nuestro Fundador adaptó el pensamiento de su tío, por él muy meditado, a la vocación de sus hijos misioneros. Estaba convencido de que Cafasso podía hablar y ser modelo no solamente de los sacerdotes diocesanos, sino también de los misioneros.

Sabemos que Allamano, como educador de sacerdotes y de misioneros, valoraba mucho la “pedagogía de los modelos”. Obviamente, el modelo por excelencia era Jesús, luego la Virgen María e inmediatamente después san Pablo. Pero había también una serie de santos por los que nuestro Fundador sentía una predilección especial y a los que señalaba con frecuencia como modelos para virtudes específicas: san José, su protector personal, por su profundo amor a Jesús y a María; san Francisco de Asís, por su pobreza; san Francisco de Sales, por su ardor apostólico y su mansedumbre; san Francisco Javier y san Fidel de Sigmaringa, por su total entrega a la misión; san Ignacio de Loyola, por su obediencia; santa Teresa de Ávila, por su confianza, por citar solamente a algunos. Por eso el padre L. Sales, en el volumen “La Vida Espiritual”, pudo redactar el último capítulo, “Nuestros modelos”, en el que ofreció una lista nada menos que de quince santos a los que nuestro Fundador citaba con más frecuencia. Sin embargo, en esta rica lista no figura Cafasso.

¿Por qué no figura en la lista de los modelos propuestos habitualmente por nuestro Fundador? La pregunta es más que legítima. Creo que la respuesta puede ser la siguiente: nuestro Fundador estaba tan ensimismado en el espíritu de Cafasso que le consideraba no como modelo de alguna virtud característica, sino de todas las virtudes sacerdotales y apostólicas. Basta ver cuántas veces el nombre de “nuestro Venerable”, o de “Don Cafasso”, salió de los labios de nuestro Fundador mientras hablaba, tanto en público como en privado, de temas variadísimos. Cafasso, pues, no es “un modelo”, sino sencillamente “el modelo” al que se puede recurrir siempre. Si leemos las conferencias a los sacerdotes del convictorio, encontramos la misma abundancia de referencias a Cafasso. Pero las referencias, cuando nos habla a nosotros, tienen un timbre también misionero. Explicándome en concreto, reporto algún ejemplo elegido entre muchos otros.

### **Orar: una necesidad.**

Comienzo por la “necesidad de orar”, especialmente el misionero. Sabemos que era este el primer recuerdo que nuestro Fundador dejaba a los que partían. Pues bien, si ponemos atención, advertimos que sus afirmaciones más resueltas estaban habitualmente impregnadas de expresiones de Cafasso. Por ejemplo: «Nuestro venerable Cafasso decía que el sacerdote, y nosotros añadimos que aún más el misionero, debía ser un hombre de oración»<sup>13</sup>. Cafasso había usado realmente una expresión más bien curiosa, afirmando que la oración debe ser el “oficio” del sacerdote. Nuestro Fundador se permite una apostilla al modo de expresarse de su tío: «Las palabras son un tanto materiales, pero como suele decirse que un hombre tiene tal oficio, así podemos decir para expresar la necesidad que tiene el sacerdote de orar. Si amamos la oración, nunca la dejaremos [...]. Si un sacerdote no hace mucha oración, no es verdadero sacerdote. ¿Y un misioneros? ¿Qué queréis que pueda hacer alguien que ni siquiera conoce el medio que le ayuda a mantenerse unido a Dios?»<sup>14</sup>.

Y tratando de la necesidad de no dejarse sumergir por las ocupaciones en detrimento de la oración, nuestro Fundador se apoyaba en la autoridad de su tío: «El venerable Cafasso decía: Me dan pena los sacerdotes que tienen demasiado trabajo... Si se ora más, luego se trabaja más, se estudiará más de prisa... [...]. El venerable Cafasso decía: el oficio de las personas consagradas a Dios es orar. Es necesario que seamos personas de oración, que todo lo que hacemos lo dirijamos a Dios»<sup>15</sup>. Y también: «Preguntad al Venerable si dejó alguna vez el breviario, el rosario o la meditación porque tenía mucho que hacer. Si no tenía tiempo de día, lo hacía por la noche. [...] En suma, es muy fácil cambiar las cosas: lo primero de todo es que nos hagamos santos nosotros, [...] y no trabajar, trabajar, trabajar solamente»<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Conferencias IMC, II, 417.

<sup>14</sup> Conferencias IMC, II, 417 - 418.

<sup>15</sup> Conferencias SMC, I, 231.

<sup>16</sup> Conferencias IMC, II, 608.

## **Amor a María: una devoción indispensable.**

La “piedad mariana” puede ser otro ejemplo ilustrativo del recurso habitual de nuestro Fundador al espíritu de Cafasso. Hablando a la gente, Cafasso se preguntaba: «¿Quién es María? ¡Ah, dejad que os lo diga con todo el alborozo de mi corazón: María es nuestra querida madre, nuestro consuelo, nuestra esperanza»<sup>17</sup>. Y nuestro Fundador desarrollaba así este pensamiento: «Como el mismo Don Cafasso decía a menudo, especialmente en el confesionario, “Recordaos de que tenéis una segunda Madre, María, que os ama mucho más que la primera, aunque se entiende que no le quita su sitio”. [...] En una madre se tiene confianza, y se la quiere mucho»<sup>18</sup>.

Para Cafasso el amor a María es la condición indispensable para crecer en la santidad: «A medida que vaya creciendo [en el sacerdote] este amor, esta devoción, crecerá todo el conjunto de las demás virtudes, uno se desprenderá de lo que es la tierra, será más celoso, paciente, humilde y puro. De modo que cuando oigáis oír hablar de un sacerdote que sea devoto de María, no busquéis otra cosa, estad seguros de que no puede dejar de ser bueno y quizá con una bondad nada común»<sup>19</sup>. Y nuestro Fundador se expresaba con palabras análogas: «Nadie se hace santo si no es devoto de la Virgen. Todos los cristianos, si quieren vivir como buenos cristianos deben ser devotos de la Virgen y todos los santos lo fueron desde los primeros siglos. Y con mayor razón los religiosos. Es este el carácter distintivo de todos los santos. Leed si os parece todas sus vidas. Y esta devoción sirve no solamente para vivir como buenos cristianos, sino que también para alcanzar la perfección es necesario ser devotos de la Virgen»<sup>20</sup>. «Y por encima de todo hacer todas nuestras obras en unión con María Santísima. El venerable Cafasso decía que debemos tomar a la Virgen como socia nuestra en todo. Socia en todo. Tomémosla también como modelo de todas nuestras acciones; esto quiere decir hacerlo todo con María Santísima: tomarla como socia, como modelo»<sup>21</sup>.

Y en otro momento: «Don Cafasso decía a sus sacerdotes: Cuando vais a predicar, asociaos con la Virgen. Id a predicar los dos juntos y decid así: Yo pondré la voz, Tú harás el sermón. Decía él que la Virgen era su socia. Entre los dos lo hacían todo. Decía que le ayudaba a hacer el bien. Quería obtener esta gracia para que el sermón se imprimiera en los corazones. Yo quería realmente quitar esta palabra, “socia”, pero fue él quien la dijo»<sup>22</sup>.

## **Amor de Dios: un amor unitivo.**

Me satisface ofrecer un tercer ejemplo que ilustre la profunda comunión de espíritu entre el tío y el sobrino. Cafasso, durante los ejercicios espirituales a los sacerdotes, dictó algunas meditaciones muy ricas sobre el “amor de Dios”. Allamano se entusiasmaba con ellas y las señalaba como fuentes preciosas de inspiración: «El venerable Cafasso ofrece muchos detalles en el sermón sobre el amor de Dios, y dice, entre otras, cosas como éstas..., ya veis, hay una página, tratad de leerla... ¡Aquel hombre sí que entendía!...»<sup>23</sup>. «Leed ese trocito de las meditaciones de nuestro venerable Cafasso, el del amor de Dios, donde habla de la conformidad a la voluntad de Dios. Ese trocito vale un Perú»<sup>24</sup>.

Cafasso hablaba de “amor penitente”, diciendo: «Un alma, un corazón que ame, naturalmente, y casi necesariamente, debe llorar el tiempo que no amó»<sup>25</sup>. Nuestro Fundador se sentía impresionado y comentaba: «Cuando leo las oraciones de Don Cafasso, aunque era un ángel de carne, en sus oraciones pide siempre perdón por los sus pecados de la vida pasada. ¿Qué pecados podía tener? Don Bosco decía que él consideraba que ni siquiera tenía el pecado original. Sin embargo, oyéndole

<sup>17</sup> Pier Angelo Gramaglia (dir.), Giuseppe Cafasso, *Missioni al popolo, Meditazioni*, Effeta editrice, Cantalupa (Turín) 2002, p. 271.

<sup>18</sup> Conferencias IMC, I, 397.

<sup>19</sup> San Giuseppe Cafasso, *Esercizi Spirituali al Clero*, Paoline, Alba 1955, pp. 573.

<sup>20</sup> Conferencias SMC, II, 271.

<sup>21</sup> Conferencias IMC, II, 594

<sup>22</sup> Conferencias SMC, II, 304.

<sup>23</sup> Conferencias IMC, III, 256.

<sup>24</sup> Conferencias SMC, II, 412.

<sup>25</sup> Lucio Casto (dir), *Esercizi Spirituali al Clero*, cit., p. 648.

a él, parece un gran pecador. Los santos creen que pequeñas cosas son cosas gravísimas»<sup>26</sup>.

Tanto Cafasso como Allamano se detuvieron más en lo que ellos llamaban “amor unitivo” porque expresaba mejor su experiencia personal. Así se expresa Cafasso: «Felices de nosotros si llegáramos a introducir nuestro corazón en el de Dios, unir de tal modo nuestros deseos y nuestra voluntad a los suyos de tal manera que formáramos un solo corazón y una sola voluntad: querer lo que quiere Dios, quererlo de aquel modo, en aquel tiempo, en aquellas circunstancias, y querer todo esto por nada más que porque así lo quiere Dios»<sup>27</sup>.

La misma maravillosa sinfonía se percibe en las palabras del Fundador: «Conformémonos a la voluntad de Dios, no solamente en general, sino en las circunstancias; ningún hilo, ninguna palabra, ninguna obra que no sea por Vos [mi Dios]. Qué preciosa oración esta de Don Cafasso: “No quiero otra cosa que vuestra voluntad; lejos de mí cualquier otro fin que no seáis Vos... sería un mentecato si arrojara al viento todos mis afanes...”. Leed esta oración... ¡Hay oro! Pero si se dice con el corazón»<sup>28</sup>. Y también: «Nuestro Venerable decía que la conformidad con la voluntad de Dios es un acto de amor de Dios»<sup>29</sup>. «El Señor es celoso de nuestros corazones. Quitemos esos hilos, y si no sabemos quitarlos por amor, arranquemoslos con la fuerza. El venerable Cafasso decía al Señor: Haced que encuentre el modo de separarme de donde siento más afecto; haced que encuentre las humillaciones donde busco la gloria; haced que sea únicamente para Vos»<sup>30</sup>.

Y finalmente: «Nuestro Venerable escribió: Unión de la voluntad a Dios es como decir querer lo que Dios quiere, quererlo de ese modo, en ese tiempo, en las circunstancias que Él quiere, y todo ello quererlo solamente porque así lo quiere Dios»<sup>31</sup>.

Creo que lo que he recordado hasta aquí es suficiente para ilustrar la plena sintonía que existía entre Allamano y Cafasso. Quien hablaba de nuestro Fundador como de un “Cafasso redivivo” no exageraba. Las reflexiones que he propuesto sobre algunos puntos podríamos continuarlas en torno a otros temas; por ejemplo, sobre las virtudes de la esperanza, de la modestia, etc. Sería un ejercicio seguramente grato, además de útil, que podríamos llevar a cabo tanto personalmente como en comunidad, durante el próximo año, durante el cual Cafasso estará particularmente cercano a nosotros como “Protector especial” y como “modelo”.

Queda aún una dimensión de la espiritualidad de nuestro Fundador, heredada de manera evidente de Cafasso, que he querido dejar para el final con el fin de desarrollarla algo más. Basta leer su título para comprender la razón de esta preferencia.

## **«HACER BIEN EL BIEN, CON CONSTANCIA, SIN RUIDO»**

Es este el camino hacia la santidad misionera que nuestro Fundador nos propuso con una intensidad especial. Casi podemos definirlo como el “corazón” de su propuesta. No es necesario que reproduzca sus palabras directamente, pues las sabemos de memoria. Me limito a notar que ya en 1902 nuestro Padre hablaba claro sobre este punto: «La forma que debéis adoptar en el Instituto es la que el Señor me inspiró y me inspira, y que yo, aterrorizado por mi responsabilidad, quiero absolutamente que el Instituto perfeccione y viva vida perfecta. Estoy convencido de que el bien hay que hacerlo bien, porque si no es así, entre tantas ocupaciones mías, no me habría embarcado también en esta otra tan grave de la fundación tan importante del Instituto»<sup>32</sup>. Tengamos presente este particular: el Instituto había sido apenas fundado y la comunidad era minúscula todavía. Si embargo, ya entonces la palabra de orden era: “El bien hay que hacerlo bien”. En aquel periodo el

<sup>26</sup> Conferencias IMC, III, 128.

<sup>27</sup> Lucio Casto (dir.), *Esercizi Spirituali al Clero*, cit., p. 656.

<sup>28</sup> Conferencias IMC, 10.

<sup>29</sup> Conferencias SMC, II, 410.

<sup>30</sup> Conferencias SMC, II, 545.

<sup>31</sup> Conferencias IMC, III, 254.

<sup>32</sup> Conferencias IMC, I, 15.

Fundador había madurado por su cuenta la espiritualidad de su tío, y tal vez sin darse cuenta, le resultaba espontáneo referirse a ella cuando tenía alguna sugerencia importante que dar.

Proponiendo este camino de perfección, nuestro Fundador se dio cuenta de que calcaba las huellas de su tío. Y lo dijo explícitamente, casi como garantizando sus afirmaciones: «Mis años son muy pocos, pero aunque fueran muchos, quiero dedicarlos a hacer el bien y a hacerlo bien; tengo la idea del venerable Don Cafasso de que el bien debe hacerse bien y no ruidosamente»<sup>33</sup>. Como se ve, se trata de un principio lineal, completado por dos precisiones esenciales: “hacer bien el bien”, pero “con constancia” y “sin ruido”.

### **“Hacer bien el bien”.**

Este es el principio ascético. Hay una meditación de Cafasso, reservada al último día de los ejercicios espirituales a los sacerdote y titulada “Sobre las ocupaciones diarias”, que sustancialmente trata de este tema. Nuestro Fundador la valoró mucho y sugirió que se la leyera integralmente. Presento algunas líneas, sin modificar el estilo del lenguaje propio de Cafasso, para no quitar nada a su vivacidad: «[...] pocos entre nosotros están llamados a acciones extraordinarias, y aunque así fuera, esas cosas extraordinarias y raras no pueden dar el carácter y formar el tejido de nuestra vida; y qué ayudaría finalmente hacer el bien y perfectamente una obra en sí heroica si, hecha la misma, se hicieran mediocrementemente las demás; supongamos que alguien sea llamado por Dios para dejar su patria, sus familiares, sus empleos, sus comodidades para retirarse a un claustro, o para ir a las Misiones extranjeras; sacrificio grande, extraordinario, heroico, es verdad; no se puede negar; y lo [hace] alegremente, prontamente, con toda la virtud posible, pero si después de esto realizara las acciones comunes de su carrera mediocrementemente, ¿se podrá decir que es verdaderamente un sacerdote santo y perfecto? No ciertamente. [...].

Quien aspira a ser un sacerdote santo y perfecto no debe pensar en hacer cosas grandes y extraordinarias, pues sean grandes o pequeñas, piense solamente en hacerlas bien, y con esto será perfecto. [...]. Obras pues de celo, de gloria de Dios y de la salud de las almas, pero obras comunes, ordinarias; digo “comunes”, no que sean tales por su naturaleza, ya que la mínima cosa se convierte en máxima cuando se la dirige a aquel fin, pero las llamo comunes para entender las que diariamente se hacen»<sup>34</sup>.

Creo que este es el texto que mejor que ningún otro expresa el pensamiento de Cafasso y al que nuestro Fundador se refiere. Todo misionero está llamado a obrar así en todas las circunstancias y en cualquier misión en la que se encuentre, como también en cualquier situación de edad, fuerzas y salud.

Llegados a este punto es necesario añadir un aspecto sin el cual el discurso quedaría incompleto. También sobre “bien hecho bien” indica nuestro Fundador como modelo a Jesús, refiriéndose al texto de Mc 7,37, que repetía habitualmente en latín: «Bene omnia fecit! = Todo lo hizo bien». Pues bien, nuestro Padre tomó esta inspiración también de su tío. Estas son las palabras de Cafasso: «[...] pero no creamos que sea suficiente para ser un verdadero sacerdote pasar nuestros días en acciones semejantes, yo diría que sería lo de menos, porque lo mejor de todo está en hacer todo bien, de modo que de un sacerdote se pueda decir proporcionalmente lo que se decía del Hijo de Dios, según Marcos en el capítulo 7, que “todo lo hizo bien”»<sup>35</sup>. Y más adelante: «En nuestro ministerio representamos a la persona de nuestro Señor Jesucristo; obramos por él, en su lugar, [...] de modo que al ver a un sacerdote se pueda decir: mira otro Salvador, otro Redentor del mundo, mira otro Jesucristo, por ser destinado, enviado a hacer lo que hizo Jesús»<sup>36</sup>.

<sup>33</sup> Conferencias IMC, I, 116.

<sup>34</sup> Lucio Casto (dir.), Giuseppe Cafasso, *Esercizi spirituali al clero, Meditazioni*, Effeta Ed., Cantalupa (Turín) 2003, p.684-686.

<sup>35</sup> Lucio Casto (dir.), *Esercizi Spirituali al Clero*, cit., p. 687.

<sup>36</sup> Lucio Casto (dir.), *Esercizi spirituali al clero*, cit., p. 693.

Análogamente, lo mismo se puede decir del hermano misionero.

### **“Hacer el bien con constancia”.**

Y llegamos así a la primera precisión importante: el bien debe hacerse bien, pero “con constancia”, es decir, “siempre”. Lo notábamos ya anteriormente en la enseñanza de Cafasso. La constancia era lo que nuestro Fundador más apreciaba de su tío: «El heroísmo de su virtud consiste en la constancia. No consiste en los milagros el heroísmo, sino en hacerse violencia, en estar siempre firme en querer bien, en no perder nunca el tiempo: esto es asunto nuestro. Yo admiro cada día más la vida de este hombre porque no anduvo a saltos, no, sino que siempre fue derecho; su camino era aquel y... adelante; y esto lo hizo a lo largo de toda su vida. Siempre la misma fe, el mismo amor a Dios y al prójimo; siempre prudente, siempre justo, siempre temperante..., no le falta nada [...], él seguía siempre adelante; todo lo hacía siempre bien»<sup>37</sup>.

### **“Hacer el bien sin ruido”.**

Y hay una segunda precisión que añadir: el bien debe hacerse siempre bien, con constancia, pero “sin ruido”, es decir, con humildad, en el escondimiento. Cafasso tenía convicciones muy precisas: «Esto es lo que constituye la ocupación del día de los buenos sacerdotes; nada extraordinario ni nada estrepitoso; un sacerdote puede pasar mucho tiempo e incluso toda su vida en esos ministerios que debe hacer sin que el mundo apenas se dé cuenta de que existe, al menos sin que la gente calcule o se maraville; y esto es un pensamiento que debe consolar [...]. Hay santos muy grandes delante de Dios, [...] la vida de los cuales ha sido oscura y escondida, cuyas acciones nada tuvieron de estrepitoso y de admirable, ni de ellos habló el mundo. Eran grandes por su santidad, pero toda su santidad se limitaba a cosas pequeñas. Eran grandes por su humildad, y su humildad los llevaba siempre a elegir los últimos empeños y las acciones más bajas»<sup>38</sup>.

Las ideas de nuestro Fundador sobre este aspecto ya las conocemos. Están en sintonía con las de su tío. Y nos enseñó a nosotros a ser humildes como personas individualmente y como Instituto. Nuestro Fundador es nuestro maestro más con su vida que con sus palabras. Me complace ofrecer un testimonio muy significativo del Can. N. Baravalle, el cual describió así el traslado de la urna con el cuerpo de Cafasso del Convictorio al Santuario, en la inminencia de la beatificación: «Presidía el Arzobispo, a quien acompañaban varios obispos. El Can. Allamano era el familiar más cercano del Beato, el promotor de la Causa, el Superior del Santuario y del Convictorio, y cabía esperar ver proceder al Siervo de Dios en medio de tanta gloria revestido con el atuendo de canónigo, en lugar distinguido. En cambio, el Siervo de Dios vino con nosotros del Santuario detrás de las sagradas reliquias, simplemente con la sotana, llevando la antorcha encendida. Estaba doliente, conmovido y exaltado, pero nada manifestaba su santo regocijo. Se arrastraba de manera casi penosa, tanto que a un cierto punto tuvo que apoyarse en la antorcha que llevaba, y a mí me preocupaba que pudiera desvanecerse. Llegado al Santuario, no tuvo un sitio de distinción: se eclipsó y no volvió a aparecer hasta después de la función para dar las gracias a las personalidades presentes en la función. Ese era, por otra parte, su deseo, estar siempre en el escondimiento»<sup>39</sup>. Nótese las últimas palabras: la personalidad de nuestro Padre era esta y nos la quiso transmitir a nosotros.

Antes de concluir este punto, deseo añadir que ni Cafasso ni Allamano se contentaron con enunciar un principio teórico. Explicaron qué significa, en concreto, “hacer bien el bien”. Así se expresaba nuestro Fundador: «El siervo, dice el mismo Venerable, no basta que sirva a su señor, sino que debe servirle sin excepciones, y que le sirva de manera que le contente plenamente, es decir, con prontitud, con exactitud y garbo, y para complacerle»<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Conferencias, SMC, III, 216.

<sup>38</sup> Lucio Casto (dir.), *Esercizi Spirituali al Clero*, cit., pp. 686 - 697.

<sup>39</sup> Deposition en el proceso de Allamano, IV, 113 - 114.

<sup>40</sup> Conferencias IMC, II, 669.

Y en otra ocasión: «¿De qué modo y con qué medios hacer bien todas las cosas? Veamos los pensamientos del venerable Cafasso para pasar bien el día. Y si se pasa bien el día, se pasan asimismo bien las semanas, los meses, los años...»<sup>41</sup>. Nuestro Fundador hizo suyas las sugerencias de Cafasso, proponiéndolas y comentándolas una a una de cara a la misión. Son cuatro: «Hacer todas las cosas como las haría Nuestro Señor Jesucristo; del mismo modo como quisiéramos haberlas hecho cuando se nos pida cuentas ante el tribunal de Dios; como si fuera la última cosa de nuestra vida y ya no quedara posibilidad de hacer ninguna más»<sup>42</sup>.

## CONCLUSIÓN

En este singular momento histórico, complejo y difícil también para nuestro Instituto, estamos invitados a acoger el mensaje de “esperanza” cristiana que José Cafasso y nuestro Fundador nos proponen. Sabemos lo mucho que nuestro Fundador admiraba esta dote singular de su tío. Decía: «Nuestro Venerable tenía tanta esperanza, característica suya, que la infundía en las almas desesperadas»<sup>43</sup>. «Le sobraba confianza para consigo mismo y para los demás»<sup>44</sup>. No se trataba solamente de esperanza en la misericordia de Dios, que perdona a quien recurre a él, sino también de confianza en la Providencia que guía a la Iglesia y la ayuda a superar todas las dificultades internas y externas.

En plena sintonía con su tío, nuestro Padre quiso transmitirnos a nosotros esta virtud para que fuéramos un Instituto de misioneros valientes y fuertes, que no se desmoralizan ante las dificultades y miran hacia el futuro con confianza: «Nunca se espera en demasía, porque la confianza en Dios no disminuye, sino que más bien aumenta, el bien que se hace. Así que, ¿cómo no confiar en Dios? Dios puede y quiere ayudarnos, pero quiere que nos despojemos de nosotros mismos»<sup>45</sup>. Y en otro momento: «Esperar para complacer al Señor; no tener nunca miedo de tener demasiada [confianza]»<sup>46</sup>. Las palabras del salmo 125 (124), 1: «Quien confía en el Señor es como el monte Sión, que no vacila, es siempre firme»<sup>47</sup>, eran algo así como un eslogan que nuestro Fundador repetía a sus hijos de cara a la misión.

En este en que tendrá lugar nuestro XII Capítulo General, comporta un gran valor tenerle como modelo e intercesor especial, especialmente por su amor a la Iglesia, por su cuidado de los pastores y su formación, por su santidad, puesta especialmente de manifiesto en el amor hacia los pobres de toda categoría. Que él nos ayude en nuestras peticiones a confiar en el Señor y en la acción de su gracia en este acontecimiento tan importante para nuestra familia misionera.

Creo que el mejor modo de concluir esta carta es dejar una vez más la palabra a nuestro Fundador. Él nos repite a nosotros hoy lo que escribió a los misioneros y las misioneras el 11 de mayo de 1925, a su vuelta de Roma después de la beatificación de su tío: «El Beato José Cafasso es el Patrono del Convictorio, cuyo Cofundador fue, el lustre y el modelo de las almas piadosas, especialmente las eclesiásticas; pero es también nuestro especial Protector y, como decís, “vuestro Tío”, y como tal le debéis honrar e imitar sus virtudes. Él desde en el Cielo será vuestro poderoso intercesor en todas vuestras necesidades, y tan celoso de la salud de las almas, os ayudará en el trabajo de las Santas Misiones. [...]. Yo pienso que con esto os he procurado un gran medio de perfección y en parte he realizado mi misión con respecto a vosotros».

<sup>41</sup> Conferencias, SMC, I, 419.

<sup>42</sup> Luigi Nicoli di Robilant, *S. Giuseppe Cafasso*, ed. Santuario della Consolata, Turín 1960, p. 787.

<sup>43</sup> Conferencias IMC, II, 337; cf. anche: II, 156; III, 188.

<sup>44</sup> Conferencias IMC, III, 530.

<sup>45</sup> Conferencias IMC, II, 157.

<sup>46</sup> Conferencias SMC, II, 448.

<sup>47</sup> Conferencias IMC, I, 456; cf. Conferencias SMC, II, 440, 447.

Ahora nuestro Fundador, desde el Cielo, juntamente con san José Cafasso, nos señala un camino de crecimiento espiritual, de desarrollo de nuestra familia misionera y de compromiso apostólico, y nos ayuda a recorrerlo siguiendo su espíritu, siempre actual, como auténticos Misioneros de la Consolata.

P. Aquiléo Fiorentini, IMC  
Padre General

Roma, 24 de octubre de 2010